



Los conservatorios musicales: en torno a sus orígenes

BETTY LUISA ZANOLLI FABILA

Italia, la cuna del Renacimiento, lo fue también de las primeras academias y sociedades científicas y artísticas de la época moderna que desde mediados del siglo xv empezaron a proliferar en las ciudades de la península, como lo atestiguaron la Academia de los Diez Cantores de Leonello D'Este, Marqués de Ferrara y la Academia platónica de Florencia, de Marsilio Ficino y Picco della Mirandola, establecida en 1459.

Estas primeras organizaciones de filiación humanista, con el apoyo de comerciantes y aristócratas, se dedicaron al cultivo del derecho, filosofía o creación literaria, y favorecieron que al poco tiempo se fundara la Academia Filarmónica de Verona en 1543, modelo para las posteriores agrupaciones de su tipo, como la Academia Olímpica de Vicenza de 1555 y la Academia de las Concordias de 1560 en la ciudad de Ferrara, similares a ella en su estructura, preocupaciones, tipo de recursos y reputación; así, para finales del siglo xvi, era algo



© Felipe Posadas

Felipe Posadas

común en tales academias que sus miembros se dedicaran primordialmente al rescate y ejecución musicales y que diariamente los propios aristócratas impartieran clases de canto, ejecución y teoría de la música, paralelismo que habrían de mostrar tres siglos después las academias y sociedades del México decimonónico.

Por lo que respecta a los científicos renacentistas, en dichas épocas también ellos tuvieron la necesidad de “llevar a cabo sus actividades al margen de las universidades, colegios y otras instituciones establecidas, buscando alianzas con otros sectores sociales emergentes”, y fue sólo hacia la segunda mitad del siglo xvii cuando, con el apoyo económico, ideológico y político de tales grupos, junto con al proliferación de academias, surgieron laboratorios, publicaciones especializadas y otras formas de institucionalización de la ciencia, como fue el caso de la Sociedad Real de Londres, fundada en 1662, y en 1666 de la Real Academia de Ciencias de París.

Al mismo tiempo, de modo semejante al movimiento academicista, a mediados del siglo xv empezaron a fundarse en Venecia y Nápoles instituciones filantrópicas con el fin de resguardar a los huérfanos y desamparados, en las cuales para mediados del siglo xvii, la enseñanza musical se convirtió en la actividad primordial. Tales hospitales-orfanatorios, encauzaban por el camino artístico a todo aquel que encontraba cobijo y auxilio en sus espacios, no importando el estrato social del que proviniera.

Entre los primeros y más renombrados de Venecia figuraron, en el siglo xv el de la Pietà, y en el siglo xvi, el de San Salvatore degli Incurabili, el de los derelitti ai SS. Giovanni e Paolo –u Ospidaletto para mujeres–, así como el de los Mendicanti –anexo al Hospital de San Lázaro–, en los cuales dieron clase notables compositores como Vivaldi, Galuppi, Jommelli, Porpora y Sacchini durante el siglo xviii, lo que contribuyó a que, vistos en la necesidad de proporcionar a los grupos instrumentales y vocales formados en tales instituciones de repertorio musical

apropiado, tuvieron que crear composiciones musicales para ellos, lo que contribuyó a que el prestigio de tales centros se intensificara todavía más gracias al renombre de ellos mismos.

Por su parte, en la ciudad de Nápoles, figuraron el de Santa Maria di Loreto (1537), el Orfanatrofio dei Poveri di Gesu Christo, el de San Onofrio y el de la Pietà dei Turchini, en los que dieron clase Durante, Pergolesi, Scarlatti padre y también Porpora. A partir de la especialización que pronto adquirieron, se identificó a tales instituciones con el nombre de “conservatorios”, al considerar que en ellos se promovía el cultivo de la tradición cultural musical.

Sin embargo, en concordancia con el nuevo criterio del ars musicae, no sólo proliferaron nuevos centros artísticos, sino que tuvo lugar también un inusitado desarrollo de la tecnología instrumental, lo que generó en las universidades europeas la necesidad de incluir un nuevo tipo de catedrático, el tutor de instrumento, cuya participación promovería igualmente la aparición de los primeros textos de enseñanza sobre la interpretación musical, así como una importante producción de tratados relativos a las técnicas de fabricación organológica, lo que es corroborado por la actividad desarrollada en ellos por los antes citados mentores, registrada prácticamente desde el siglo xvii.

Un siglo después, la influencia de los conservatorios venecianos y napolitanos en Europa, resulta indudablemente poderosa, ya que para entonces de sus aulas han egresado las principales figuras operísticas de la época y, en particular de Nápoles, los castrados más famosos de aquel tiempo como Carlo Broschi “Farinelli”. Cabe aclarar, de todas formas, que no todos los asistidos por estas instituciones llegaban a ser músicos.

No obstante, este auge educativo musical contribuyó a que en aquellos siglos ser músico fuera una de las profesiones más socorridas, especialmente en Italia, ya que los distintos sectores de la sociedad promovían con-

tinuamente la conformación de conjuntos musicales, como era el caso de los nobles para integrar los cuerpos orquestales de la corte; de los curas para amenizar las ceremonias religiosas, y de los miembros de la clase media, especialmente comerciantes, que se aprestaron en crear conjuntos artísticos con aficionados y agrupaciones musicales filantrópicas para distintos eventos, manifestación esta última que se convirtió en el antecedente directo de los conciertos musicales de los últimos tiempos.

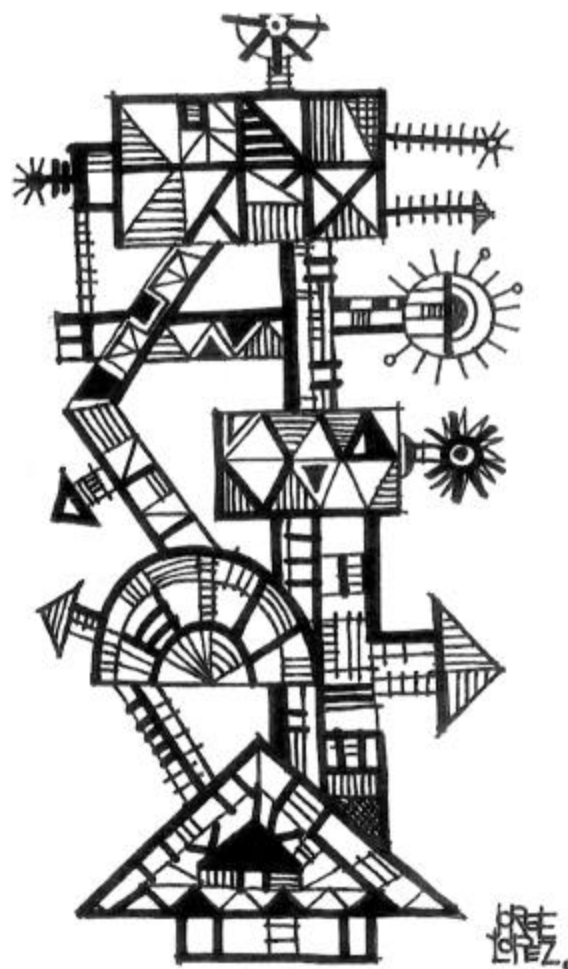
Esta circunstancia generó que el vocablo “academia” sirviera en aquellos tiempos para designar a los conciertos verificados por los virtuosos del momento; Bukofzer asegura que la sociedad más sobresaliente de esta categoría se fundó en Bolonia (1675) con el nombre de Accademia dei Filarmonici, cuya fama se extendió por toda Europa en el siglo XVIII, lo que contribuyó a que después de las cortes y las iglesias, las academias privadas de la clase media se constituyeran justamente en los centros más importantes de la vida musical previo al clasicismo.

De la misma manera, artistas de origen humilde como Schütz y Lully, llegaron a alcanzar notables posiciones aristocráticas gracias a su exitosa participación musical en las cortes europeas, siendo uno de los casos más ilustrativos el del véneto Giacomo Facco que, hijo de campesinos, profesor de música desde 1700, maestro de capilla en la península itálica y en Sicilia en la corte de Carlos Felipe Antonio Spinola Colonna, Marqués de los Balbases, en 1720 fue nombrado por el monarca borbón Felipe V, maestro de sus tres hijos, los futuros reyes de España: Luis I, Fernando VI y Carlos III.

En el siglo XVIII, la educación musical conservatoria en Venecia y Nápoles, continuaba en gran medida a cargo del clero, que organizaba el funcionamiento de estas instituciones según el ejemplo de los internados, lo que no obstaba para que la educación en ellas impartida dejara de ser gratuita y de alta calidad académica.

Fundamentalmente, se enseñaba a los alumnos disciplinas teóricas musicales y todos los instrumentos de la época: violín, viola, clavecín, contrabajo y, en algunos casos, aerófonos de madera y metal.

El progreso educativo así alcanzado consolidó el nivel de formación profesional de los músicos italianos, lo que favoreció que hasta bien entrado el siglo XIX compositores y ejecutantes de la península ejercieran una particular hegemonía en el ambiente musical de aquellos tiempos, prácticamente hasta que el modelo conservatorio francés se impuso a partir de los cambios ideológicos derivados del movimiento ilustrado francés. En ese momento la historia de la educación musical inició una nueva etapa, coincidente con el inicio de la época contemporánea.



Jorge López